

LA FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA DE SÁNCHEZ VÁZQUEZ

JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ GARCÍA

“Hacer política significa actuar para transformar el mundo. En la política, por tanto, está contenida toda la filosofía real de cada persona, en la política está la sustancia de la historia y para el individuo que ha alcanzado la conciencia crítica de la realidad y de la tarea que le espera en la lucha para transformarla, está toda la sustancia de su vida moral”.¹ He querido comenzar mi conferencia con estas palabras de Togliatti, referidas a Gramsci, y recogidas por Adolfo Sánchez Vázquez en su artículo “Togliatti o la política como sustancia de la historia”, porque pienso que resumen perfectamente la trayectoria vital del propio Sánchez Vázquez como intelectual, como profesor y también como político práctico. Su praxis, su modo de actuar para transformar el mundo, su forma de hacer política, han basculado siempre entre el compromiso político directo y el trabajo más silencioso y a largo plazo en la renovación intelectual del marxismo como filosofía.

Normalmente hay cierta tendencia a pensar en la esterilidad de la docencia e investigación universitaria: largos y penosos años de estudio pueden ser rápidamente cubiertos por las tinieblas del olvido. Pero, ciertamente, no ha sido así en el caso del profesor Sánchez Vázquez. A lo largo de estos días, tendremos ocasión de oír hablar de su influencia en la filosofía latinoamericana. Y hoy yo quiero decir una palabra sobre su incidencia entre los estudiantes españoles que llegamos a la universidad a finales de los sesentas cuando todavía no era posible vislumbrar el final del largo túnel de la dictadura franquista.

Siempre que he leído las páginas de la “Autobiografía intelectual”

¹ Adolfo Sánchez Vázquez, “Togliatti o la política como sustancia de la historia”, en *Ensayos marxistas sobre historia y política*. México, Océano, 1985, p. 67.

de Sánchez Vázquez me han llamado la atención sus observaciones sobre aquella mítica Universidad que él conoció, la Universidad Central de Madrid (hoy Complutense) en vísperas de la Guerra civil. En sus propias palabras:

[...] los estudios de filosofía se encontraban entonces bajo la égida de Ortega y Gasset, quien entendía la empresa de renovar España europeizándola por su inserción en el pensamiento alemán: Husserl, Scheler, Heidegger y, junto a él, su propia filosofía raciovitalista. Sin embargo, de este pensamiento alemán estaba por completo ausente el de este alemán que se llamó Carlos Marx. El marxismo era ignorado por completo en aquella Facultad, cosa que, por otra parte era normal entonces en casi todas las universidades europeas. En consecuencia, en aquella Facultad, en mis años de estudiante de filosofía, jamás conocí en carne y hueso a un profesor marxista.²

Resulta obvio decir que durante décadas fue imposible encontrar el tipo de profesor que a Sánchez Vázquez le hubiera gustado tener. Y también nosotros, los estudiantes de los sesentas y los setentas, tuvimos que refugiarnos, como él, en ser autodidactas en cuestiones de marxismo. Pero contamos con una gran ventaja: pudimos utilizar como objeto de discusión crítica y a veces apasionada los libros que él mismo había ido escribiendo.

Así, su *Filosofía de la praxis* primero y su *Ética* más tarde, junto con artículos como “La ideología de la neutralidad ideológica en las ciencias sociales” y libros como *Las ideas estéticas de Marx* o *Ciencia y revolución. (El marxismo de Althusser)* se convirtieron en punto de referencia fundamental para promociones y promociones de estudiantes obligados al autodidactismo y a la discusión del pensamiento de Marx al margen de las aulas universitarias.

Posiblemente nunca se pueda conocer el número exacto de los “discípulos anónimos” de Adolfo Sánchez Vázquez. Yo mismo he sido uno de ellos. Sólo he podido conocerle personalmente hace dos años cuando la FIM le tributó en Madrid un merecido homenaje. A partir

² A. Sánchez Vázquez, “Mi obra filosófica”, en Juliana González, Carlos Pereyra y Gabriel Vargas Lozano, eds., *Praxis y filosofía. Ensayos en homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez*. México, Grijalbo, 1985, pp. 436-437.

de entonces, he tenido ocasión de tratarle en contadas ocasiones: en el II Congreso Hispanomexicano de Filosofía Moral y Política, de nuevo en la FIM en una conferencia suya sobre el realismo en Lukács y, por último, en la ciudad de México, donde tuve recientemente la oportunidad de charlar con él en la UNAM y en el local conocido popularmente entre profesores y estudiantes mexicanos como su “oficina”: el café-librería “El Ágora”. Pero no voy a extenderme en referencias a la relación entre el café o los cafés y la literatura, la filosofía o la política. Sólo recordar que sin el diálogo, —y los cafés-librerías o librerías-cafés han sido un buen cauce para estimular la conversación— toda la filosofía occidental quedaría casi reducida a la nada.

Así pues, me dispongo a hablar de la filosofía moral y política de Sánchez Vázquez sin más mérito que el de considerarme a mí mismo como representante —supongo que bastante indigno, pero eso no me toca a mí decirlo— de ese vasto conjunto de “discípulos anónimos” que han seguido desde España su producción filosófica. Porque si el exilio ha sido un desgarrón y una herida que no cicatriza en la vida de muchos exiliados, también ha significado para los que nacimos en esta tierra bastantes años después, la añoranza y la búsqueda de los maestros que nunca pudimos tener. Está por hacerse el balance de las aportaciones de Sánchez Vázquez a la cultura política del anti-franquismo. Muchos jóvenes estudiantes de filosofía de entonces, cansados de lo que se nos ofrecía oficialmente como filosofía, buscábamos ávidamente en sus libros contenidos diferentes que pudieran ampliar nuestra cultura marxista.

Creo que toda la obra de Sánchez Vázquez está transida de tensión *ética* y tiene una intención *política* que va más allá del pragmatismo ciego al que parecemos condenados hoy.

Su libro de *Ética* intenta, de una manera expresa, estar a la altura de las circunstancias históricas y políticas de una juventud que en el año 1968 buscaba impulsar la vía de las transformaciones políticas y sociales imprescindibles para una profunda renovación moral de la sociedad y de los propios individuos. Para esto era necesario un libro que se saliese de los cauces más tradicionales de enseñanza de la ética, centrados por aquel entonces bien en la búsqueda de una ética especulativa al margen de las morales históricas, bien en el análisis del lenguaje moral, bien en una concepción del marxismo excesiva-

mente dogmática y ortodoxa. Las circunstancias en que se escribe el libro hacían más necesaria aún la búsqueda de nuevos cauces. En palabras del autor:

[...] corría ya 1968, año en que, en varios países europeos y en uno hispanoamericano —México—, la juventud estudiantil se rebela contra los valores y principios caducos y, más allá de las aulas, da algunas lecciones de política y muchas de moral. Abandonar la especulación y vincular el pensamiento moral a la vida no era, en aquellos días, una simple exigencia teórica, sino un requerimiento práctico, impuesto por las nuevas opciones políticas y morales que se abrían paso en diversos países y que en España eran compartidas también, en las condiciones más opresivas, por el movimiento universitario bajo el franquismo.³

Quisiera destacar, además de esta vinculación con la vida real, algunos elementos del pensamiento ético de Sánchez Vázquez: la conexión con su *Filosofía de la praxis*, la búsqueda de los fundamentos sociales e históricos de la moral, la concepción dialéctica de las relaciones entre individuo y sociedad y, por último, las relaciones entre ética y política, tema sobre el que vuelve una y otra vez en escritos posteriores, pero de una manera especial en “Notas sobre las relaciones entre moral y política” contenido en sus *Ensayos marxistas sobre historia y política*.

Pienso que es necesario leer la *Ética* de Sánchez Vázquez teniendo como trasfondo su *Filosofía de la praxis*. Toda ética filosófica, como teoría del comportamiento moral humano, parte necesariamente de una concepción filosófica del hombre. Sánchez Vázquez parte de una concepción del hombre como ser social, histórico y creador. “La conducta moral —afirma— es propia del hombre como ser histórico, social y práctico, es decir, como un ser que transforma conscientemente el mundo que le rodea; que hace de la naturaleza exterior un mundo a su medida humana, y que, de este modo, transforma su propia naturaleza”.⁴ Y ésta es la concepción del hombre que encontramos en la *Filosofía de la praxis*, donde llega a la conclusión de que

³ A. Sánchez Vázquez, *Ética*. Barcelona, Crítica, 1978, pp. 7-8.

⁴ *Ibid.*, p. 30.

la categoría de praxis “es central para Marx, en cuanto sólo a partir de ella cobra sentido la actividad del hombre, su historia, así como su conocimiento. El hombre se define, ciertamente, como ser práctico. La filosofía de Marx cobra así su verdadero sentido como filosofía de la transformación del mundo, es decir, de la praxis”.⁵

La *Filosofía de la praxis* es un libro clave en la producción filosófica de Sánchez Vázquez. Es una obra seminal que germinará en sus planteamientos en torno a la *estética* —la obra de arte como fruto de la praxis creadora del hombre— y también en torno a la *ética* concebida como teoría del comportamiento moral de los hombres en sociedad. La praxis es la categoría central en la redefinición no dogmática del marxismo en su triple dimensión de proyecto, crítica y conocimiento. Sánchez Vázquez ha cumplido con creces su pretensión de “contribuir al desarrollo de un marxismo vivo, antidogmático, que conjugue los tres aspectos antes señalados: como *proyecto de transformación*, como *crítica* de lo existente y como *conocimiento*. En suma, de un marxismo que corresponda a su naturaleza originaria: como teoría que sirva al proceso de transformación del mundo.”⁶

El hombre es, pues, un ser histórico, que se hace o autoproduce constantemente a sí mismo. La moral es un hecho histórico, precisamente porque es un modo de comportarse de un ser que es histórico por naturaleza. Y la ética, como estudio científico de la moral, ha de tener en cuenta que la moral cambia históricamente. Frente a las concepciones ahistóricas que ven a la moral como algo dado de una vez y para siempre, es necesario comprenderla en su historicidad. Frente a los ahistoricismos de toda laya, basados en concepciones que ven a la divinidad o a la naturaleza biológica del hombre o a una supuesta esencia humana eterna e inmutable como origen de la moral, es necesario comprender el origen histórico de ésta y su variabilidad de una sociedad a otra. “La moral vivida efectivamente en la sociedad cambia históricamente de acuerdo con los virajes fundamentales que se operan en el desarrollo social”.⁷ Y precisamente por su carácter histórico, es posible postular la necesidad de una nueva

⁵ A. Sánchez Vázquez, *Filosofía de la praxis*. México, Grijalbo, 1967, p. 145.

⁶ A. Sánchez Vázquez, “Mi obra filosófica”, en *op. cit.*, p. 443.

⁷ A. Sánchez Vázquez, *Ética*, p. 52

moral para una sociedad en la que se suprima la explotación del hombre por el hombre: una moral que suponga la realización efectiva del principio kantiano que exhorta a considerar al hombre siempre como un fin y no como un medio.

Junto con la incardinación histórica de la moral, Sánchez Vázquez acentúa, con razón, su carácter social. A lo largo de toda su *Ética* aparece este carácter social de la moral, visible en la fuerza de los hábitos y las costumbres que se imponen sobre los individuos, pero también en la conciencia moral más íntima. La conciencia, al ser propia de hombres reales que se desarrollan históricamente, es también un producto social e histórico; es algo que se desarrolla en el curso de la actividad práctica y social de los hombres. Y como producto histórico-social, la conciencia moral de los individuos se encuentra sujeta a un proceso social de desarrollo y de cambio.⁸

La moral implica, pues, una relación libre y consciente entre los individuos, o entre éstos y la comunidad. Pero esta relación se halla también socialmente condicionada, justamente porque el individuo es un ser social o nudo de relaciones sociales. El individuo se comporta moralmente en el marco de unas condiciones y relaciones sociales dadas que él no ha escogido, y dentro también de un sistema de principios, valores y normas morales que no ha inventado, sino que le es dado socialmente, y conforme al cual regula sus relaciones con los demás, o con la comunidad entera.

En conclusión, la moral tiene un carácter social en cuanto que: a) los individuos se sujetan a principios, normas o valores establecidos socialmente; b) regula sólo actos y relaciones que tienen consecuencias para otros y requieren necesariamente la sanción de los demás; c) cumple la función social de que los individuos acepten libre y conscientemente determinados principios, valores o intereses.⁹

Y sin embargo, este carácter social de la moral por el que el individuo siente sobre sí la presión de lo colectivo, no le lleva a Sánchez Vázquez a postular ninguna determinación absoluta que niegue la libertad de los individuos. Y ello porque parte, acertadamente, de

⁸ *Ibid.*, p. 175.

⁹ *Ibid.*, p. 68.

una concepción dialéctica de las relaciones entre individuo y sociedad. Por un lado afirma la influencia de la sociedad sobre el individuo al hablar del carácter social de la moral, de los hábitos y costumbres y de la propia conciencia individual. El hombre es, pues, un producto social. Pero, por otro lado, afirma también el papel del individuo en el comportamiento moral aunque este papel varíe histórica y socialmente. A pesar del peso de lo colectivo, el proceso histórico parece caracterizarse por una elevación del grado de conciencia y libertad personal en el comportamiento moral. Esto implica, por tanto, una participación más libre y consciente del individuo en la regulación moral de su conducta, y una disminución del papel de la costumbre como instancia reguladora de ella.¹⁰ No se puede olvidar el papel y el peso de los ingredientes subjetivos (decisión, responsabilidad personal...) pues en definitiva son los hombres concretos los que hacen la historia si bien en circunstancias históricas y sociales no elegidas por ellos, como diría Marx. La sociedad es un producto de la actividad, de la praxis cotidiana de los individuos.

Y estas dos proposiciones —la sociedad como producto de la acción de los individuos y el individuo como producto de la sociedad— sólo adquieren su verdadero sentido cuando se afirman conjuntamente. En concreto, la moral tiene un carácter social por el que se impone a los individuos singulares, pero el acto moral, como acto consciente y voluntario del individuo, supone la participación libre del sujeto en su realización. El individuo, a pesar de todos sus condicionamientos, no puede dejar de ser responsable de sus actos y decisiones.

De esta manera, puede formular la siguiente definición:

La moral es un sistema de normas, principios y valores, de acuerdo con el cual se regulan las relaciones mutuas entre los individuos, o entre ellos y la comunidad, de tal manera que dichas normas, que tienen un carácter histórico y social, se acaten libre y conscientemente, por una convicción íntima, y no de un modo mecánico, exterior o impersonal.¹¹

¹⁰ *Ibid.*, p. 70.

¹¹ *Ibid.*, p. 81.

Por último, quisiera referirme al complejo problema de las relaciones entre moral y política. Sánchez Vázquez parte de la afirmación de que:

[...] política y moral son dos formas de comportamiento que no pueden identificarse. Ni la política puede absorber a la moral, ni ésta puede reducirse a la política. La moral tiene un ámbito específico al que no puede extenderse sin más la política [...] Pero, a su vez, la política tiene un campo específico que impide que sea reducida a un capítulo de la moral.¹²

Así pues, moral y política se encuentran en una tensión permanente que en cada caso hay que resolver. No es posible renunciar a actuar moralmente en aras de la política, lo que nos conduciría al “realismo político”, ni podemos excluirnos de la política en aras de un moralismo que renuncie a “mancharse las manos” por utilizar la conocida expresión sartreana. Este moralismo abstracto que acaba reduciendo la política a la moral ha conducido en más de una ocasión a la condena de la política para refugiarse en la esfera pura, incontaminada y privada de la moral. El resultado es la impotencia política, la incapacidad real para intervenir en los asuntos públicos.

Por su parte, el realismo político ha llevado a separar completamente la moral y la política, justificando a ésta cínicamente por sus resultados sin tener en cuenta la inmoralidad de los medios a que haya de acudir para conseguirlos. El realismo político acaba conduciendo inevitablemente a la búsqueda del poder por el poder como fin en sí y justificando todo tipo de arbitrariedades.

Tal vez la postura de Sánchez Vázquez se acerque bastante al intento de síntesis que Max Weber plantea en su famosa conferencia “Politik als Beruf” entre *ética de convicciones* y *ética de responsabilidad*. Weber, después de criticar los acentos unilaterales en una de las dos éticas, afirma:

Es, por el contrario, infinitamente conmovedora la actitud de un hombre *maduro* (de pocos o muchos años, que eso no importa), que siente

¹² *Ibid.*, p. 90.

realmente y con toda su alma esta responsabilidad por las consecuencias y actúa conforme a una ética de responsabilidad, y que al llegar a un cierto momento dice: “no puedo hacer otra cosa, aquí me detengo”. Este sí es algo auténticamente humano y esto sí cala hondo. Esta situación *puede*, en efecto, presentársenos en cualquier momento a *cualquiera* de nosotros que no esté muerto interiormente. Desde este punto de vista, la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico, al hombre que *puede* tener “vocación política”.¹³

Me parece que en este texto queda claro que la moral política defendida por Weber busca una síntesis de responsabilidad y convicciones. Sólo cuando se dan juntas puede tener “vocación por la política” y se puede estar capacitado para poner la mano en la rueda de la historia.

Así pues, frente al pragmatismo sin convicciones ni principios es necesario reivindicar hoy ese tipo de político que tiene principios fuertemente arraigados y presenta su dimisión cuando sus convicciones le impiden “ir más allá”. Sólo mediante una apuesta responsable por las convicciones podemos salir del triste y trágico oportunismo sin principios que impregna nuestra vida política. Oportunismo recubierto de pragmatismo y responsabilidad que acaba renunciando una tras otra a todas las convicciones para quedarse con la única convicción del poder por el poder.

Se hace necesario recuperar las viejas y sabias palabras del Kant de *La paz perpetua* que afirmaba: “yo concibo un político moral, es decir, uno que considere los principios de la prudencia política como compatibles con la moral; pero no concibo un moralista político, es decir, uno que se forje una moral *ad hoc*, una moral favorable a las conveniencias del hombre de Estado”.¹⁴

La moral, para Sánchez Vázquez, no puede reducirse a la política ni abdicar ante ella. De hecho, históricamente la moral ha servido a la política de diversos modos:

¹³ Max Weber, “La política como vocación”, en *El político y el científico*. Madrid, Alianza, 1984, p. 176.

¹⁴ Emanuel Kant, *La paz perpetua*. México, Porrúa, 1977, p. 237.

a) cuando se adelanta a la política desbrozando el terreno que ha de ocupar este último (la supresión de una injusticia social es primero, en el tiempo, una reivindicación moral, antes de ser una reivindicación política revolucionaria; la moral precede aquí a la política cuando ésta es todavía impotente); b) cumpliendo una función crítica en beneficio de la política que parte de la crítica radical (teórica y práctica) de lo existente; en este sentido, la crítica y denuncia de la inmoralidad de la sociedad burguesa por el socialismo utópico constituyó —históricamente— una aportación significativa a la política revolucionaria socialista; c) ejerciendo su función crítica sobre la actividad política misma cuando ésta, en nombre de las exigencias tácticas, recurre a medios que entran en contradicción con los fines liberadores que la moral no puede dejar de tener presentes.¹⁵

En política es necesaria la crítica del presente para no rendirse ante la inevitabilidad de lo dado. Y desde este punto de vista es precisa una cierta anticipación imaginativa y por qué no decirlo, también utópica. En *Del socialismo científico al socialismo utópico*, Sánchez Vázquez escribe:

La empresa de Marx y Engels de poner el socialismo sobre una base científica y no utópica, sigue siendo legítima [...] Sin embargo, si la revolución es una praxis creadora y, por tanto, implica siempre una incursión en lo inesperado, en lo incierto, y, en parte, en lo imprevisible, cierta anticipación imaginativa ahí donde el conocimiento y la previsión científica basada en él se detiene, es inevitable e incluso necesaria. Lo utópico apunta entonces a un posible, irrealizable hoy, tal vez realizable mañana, pero a condición de que lo posible tenga cierto arraigo en lo real.¹⁶

La crítica del “realismo político” como coartada para el conformismo y para olvidar las exigencias más radicales de cambio social se ha mantenido como una constante del pensamiento de Sánchez Vázquez. Así, hace tan sólo dos años, escribía:

¹⁵ A. Sánchez Vázquez, “Notas sobre las relaciones entre moral y política”, en *Ensayos marxistas sobre historia y política*, pp. 96-97.

¹⁶ A. Sánchez Vázquez, *Del socialismo científico al socialismo utópico*. México, Era, 1975, p. 77.

Se siembran ilusiones nocivas acerca de la posibilidad de realización del socialismo, cuando, ante la ausencia de una perspectiva de cambio estructural —como sucede en Europa occidental— se considera que el “realismo” aconseja integrarse en el sistema, participar en la gestión gubernamental, compartir incluso las responsabilidades militares en la defensa de los “valores occidentales” y, de este modo, estar en mejores condiciones para arrancar posiciones al Estado burgués que faciliten el tránsito al socialismo. Independientemente de que no existe experiencia histórica alguna de que la participación gubernamental de ese género haya minado el poder burgués y de que, a partir de ella, se haya despejado el camino a una sociedad sin explotación ni dominación, lo cierto es que las conquistas sociales alcanzadas no pueden considerarse una solución duradera en el marco del sistema. Y ello sin contar con las consecuencias que tienen para sus pueblos y, en general para la humanidad, la integración en uno de los bloques militares actuales y, en especial, el que encabeza la potencia capitalista más agresiva. Al contribuir por otro lado a dar una solución capitalista a los graves problemas del sistema en una época de crisis profunda y generalizada, con los consiguientes sacrificios de la clase obrera, los partidos socialdemócratas y los que todavía siguen llamándose socialistas (en Francia, Italia, España, etcétera) se convierten de hecho en gestores del capitalismo aunque tratan de avivar ilusiones sobre el socialismo.¹⁷

No quisiera terminar esta conferencia sin referirme a algunas de las lecciones recibidas del profesor Sánchez Vázquez. Con el texto que acabo de leer nos demuestra su juventud, al darnos todavía hoy lecciones de moral y de política. Pues como diría Aranguren, yo tampoco sé si el poder corrompe siempre, pero desde luego, inevitablemente hace envejecer a aquellos que lo detentan.

Pienso que, entre lo que hemos de aprender de Sánchez Vázquez se encuentra su honestidad y compromiso intelectuales, su búsqueda de un pensamiento crítico y antidogmático, y su confianza en la razón.

Tal vez el texto que mejor resume la honestidad intelectual y la coherencia con unos ideales mantenidos durante tantos años contra

¹⁷ A. Sánchez Vázquez, “En el umbral del siglo XXI: reexamen de la idea del socialismo”, en *Ensayos marxistas sobre historia y política*, p. 147.

viento y marea sean las palabras de la conclusión del “*Post-scriptum* político-filosófico a ‘Mi obra filosófica’”, escritas en 1985 precisamente con la intención de hacer balance de los ideales que han inspirado su vida entera. Su balance es el siguiente:

Muchas verdades se han venido a tierra, ciertos objetivos no han resistido el contraste con la realidad y algunas esperanzas se han desvanecido. Y, sin embargo, hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo—vinculado con esas verdades y con esos objetivos y esperanzas— sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible.

Sigo convencido asimismo de que el marxismo—no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes están convencidos de la necesidad de transformar el mundo en el que se genera hoy como ayer no sólo la explotación y la opresión de los hombres y los pueblos sino también un riesgo mortal para la supervivencia de la humanidad. Y aunque el camino para transformar ese mundo presente hoy retrocesos, obstáculos y sufrimientos que, en nuestros años juveniles no sospechábamos, nuestra meta sigue siendo ese otro mundo que, desde nuestra juventud, hemos anhelado.¹⁸

En un país como el nuestro, donde por desgracia abundan tanto los “demócratas de última hora” autoproclamados como “demócratas de toda la vida”, donde el transformismo político y el oportunismo están a la orden del día, y donde tantos apuestan siempre por el caballo ganador aun por encima de sus convicciones más íntimas, resulta reconfortante encontrarnos con un hombre fiel a sus ideas y convicciones.

Fidelidad y coherencia personal que no supone dogmatismo, que suele ser en muchas ocasiones la moneda con que se paga la adhesión a unos ideales. Pienso que el *rechazo del dogmatismo* y la apertura al análisis crítico de la realidad es otra lección que debemos aprender de Sánchez Vázquez. El autor de *Filosofía de la praxis* ha desarrollado un *marxismo crítico* a dos niveles: crítica de la realidad social, polí-

¹⁸ A. Sánchez Vázquez, “*Post-scriptum* político-filosófico a ‘Mi obra filosófica’”, en J. González, C. Pereyra y G. Vargas Lozano, *op. cit.*, p. 469.

tica y económica, pero crítica también del propio marxismo, de sus esclerotizaciones dogmáticas y de las codificaciones stalinistas.

Quisiera terminar citando unas palabras de “Fin del exilio y exilio sin fin”. Es éste uno de los artículos más sinceros, literariamente más bellos y políticamente más agudos escritos sobre el exilio. En él, Sánchez Vázquez, señala primero la desgarradora y dolorosa situación del individuo arrojado fuera de su país, y la tensión entre echar raíces en una nueva tierra o pensar siempre en volver cuando la vuelta es imposible por obvias razones políticas. Más adelante describe la contradicción y el desgarramiento que le embarga cuando las razones objetivas que le enviaron al exilio desaparecen y puede ya volver. Y concluye:

Entonces el exiliado descubre con estupor primero, con dolor después, con cierta ironía más tarde, en el momento mismo en que objetivamente ha terminado su exilio, que el tiempo no ha pasado impunemente, y que tanto si vuelve como si no vuelve, jamás dejará de ser un exiliado.

Puede volver, pero una nueva nostalgia y nueva idealización se adueñarán de él. Puede quedarse, pero jamás podrá renunciar al pasado que lo trajo aquí pero sin el futuro ahora con el que soñó tantos años.

Al cabo del largo periplo del exilio, escindido más que nunca, el exiliado se ve condenado a serlo para siempre. Pero la contabilidad dramática que se ve obligado a llevar no tiene que operar forzosamente sólo con unos números: podrá llevarla como suma de pérdidas, de desilusiones y desesperanzas, pero también —¿por qué no?— como suma de dos raíces, de dos tierras, de dos esperanzas. Lo decisivo es ser fiel —aquí o ahí— a aquello por lo que un día se vio arrojado al exilio. Lo decisivo no es estar —acá o allá— sino cómo se está.¹⁹

Profesor Sánchez Vázquez: creo que debemos agradecerle de corazón su haber sabido “cómo estar” aquí y ahí, allá y acá. Sinceramente, muchas gracias.

¹⁹ A. Sánchez Vázquez, “Fin del exilio y exilio sin fin”, en *Ensayos marxistas sobre historia y política*, p. 167.